HISTORIA DE UN TEMPLARIO

Marco Alonso López

A mi familia, que me apoya siempre.

A MODO DE PREFACIO Y EXPLICACIÓN

Hace poco más de un año fui invitado a pasar unos días de descanso en la finca de unos amigos Palentinos, concretamente en la casa solariega que su familia poseía en los alrededores de la capital.

Me gustó el lugar, el paisaje, el conjunto arquitectónico que ofrecía la antigua mansión con la capilla y las caballerizas, pero sobre todo me impactó su inmensa biblioteca. De hecho la pareja que ejercía de anfitriona me rogó que dispusiese de alguno de los libros que me vieron ojear con deleite, yo hubiera podido quedarme con alguno pero la sola idea de hacerlo me produjo una sensación de vergüenza que pude contener a duras penas, a cambio les rogué que me permitieran pasar

algunas horas estudiando a mi aire aquellas joyas, cosa que por supuesto me fue concedida.

Al tercer día de hurgar por todos sus estantes descubrí una pesada vaina gruesa de estaño en un rincón de una de las baldas superiores, dentro encontré cuarenta pergaminos desordenados y algo borrosos por el tiempo a cuya lectura me consagré los días que siguieron.

Estaban escritos probablemente por la mano de un clérigo de algún monasterio y según mi opinión transcribiendo un relato de aventuras verídicas contadas en primera persona, me tomó poco tiempo convencer a mis anfitriones de la posibilidad de llevar a la luz pública este fenomenal documento.

Y eso es lo que tienen ahora en sus manos, está presentado de manera

objetiva, con un lenguaje actualizado para su mejor comprensión pero sin añadir nada esencial a lo originalmente allí relatado para no distorsionar la fuerza de su enorme valor histórico y documental.

Es una gran satisfacción saber que ochocientos años después de los sucesos que en él se cuentan se pueda editar este relato, corto pero absorbente, de la vida y hechos de un caballero de la orden del Temple, que reproduzco a continuación tal cual lo encontré.

PRÓLOGO

En la primavera del año de nuestro señor de 1212 los caminos de media Europa se llenaron de cruzados cuyo destino era la maravillosa ciudad de Toledo. Acudíamos a la llamada que

desde cualquier púlpito de la cristiandad se había realizado en nombre del Papa Inocencio III a favor de la “Santa Cruzada” contra los reyes Almohades de Al-Andalus, tierra fértil y llena de populosas ciudades ubicadas al sur de la Península Ibérica. En mi caso, como en el de otros muchos caballeros, esa llamada fue escuchada en las lejanas tierras de Siria. A principios del mes de Abril, un nutrido grupo de “hermanos” desembarcamos en las costas catalanas y desde allí nos incorporamos por nuestros medios a las fuerzas del buen rey Alfonso VIII de Castilla y Toledo, mi nombre; Martín López de Arriaga, mi único deseo, la honra o la muerte por cristo en el campo de batalla.

Capitulo I

Nací hace treinta y seis años en las tierras castellanas de Palencia, fui cuarto hijo varón de un hidalgo oriundo de Fuentes de Nava, de escasa heredad y poca fortuna. Pronto comprendí que mi vida allí no tenía mucho futuro y salí a la aventura cumplidos ya los diecisiete de edad. Todo con el beneplácito de mi progenitor y con ayuda de mi buena madre, por su intervención conseguí al partir la escasa dote que me correspondía y que me fue entregada, no sin cierta mala gana, apenas diez maravedís, un viejo caballo con arzón, un yelmo, un escudo, una cota de mallas y una mellada espada.

No necesité mucho más entonces ya era bien formado, media más de seis pies de alto y era diestro con las armas a lo que añadía en mis haberes el saber leer y contar, así que no me fue difícil encontrar acomodo, las gentes de cualquier lugar de la

península vivían siempre sabiendo que tenían que acudir en cualquier momento a defender sus tierras de alguna algara mora, de una partida de salteadores, de una bandería local o de tantos otros peligros, así que desde los nobles hasta el último de los aldeanos debían tener las armas prontas o en su defecto contratar protectores para sus tierras y poblaciones, la vida de unos y otros dependía de la fuerza de las armas y del genio de los hombres que las manejaban.

Entré al servicio de don Nuño de Sebastián a las escasas semanas de salir de las tierras de mis padres, era un afamado aventurero Portugués que había vendido por igual su espada a nobles moros y a cristianos dependiendo siempre de la cuantía de la bolsa que sonara a cada lado, su mesnada la componían treinta mercenarios, aunque no todos eran

hombres de armas, las labores de intendencia tenían mucha importancia y utilizaba a los más jóvenes para tal menester, haciendo así estos las veces de escuderos y criados.

Don Nuño entendía sus servicios de armas como un negocio y bien sabía de la importancia de tener a su lado a algún hombre de confianza que además de pelear supiera leer, sumar y dividir, así que después de haberme puesto a prueba primero en la destreza de las armas y después en la de las de contaduría, decidió dejarme como su segundo en este último menester.

Nuño de Sebastián, era un jefe astuto y valeroso, es cosa que debo decir en honor a la verdad , pero también era cruel, actuaba con arrogancia y no se

limitaba solo a defender las tierras para las que comprometía sus servicios, sino que penetraba a menudo en rápidas cabalgadas de dos o tres días en las tierras moriscas aledañas atacando las aldeas más cercanas llevándose todo lo que caía en sus manos y sin tener piedad ni gracia con los hombres las mujeres o los niños, ni consideración alguna de sus lágrimas y súplicas y era tan feroz como un lobo, aquello no me gustaba pero la parte del botín que me tocaba ya fueran monedas, plata, oro u objetos de lujo, conseguía acallar mi molesta conciencia.

Así en poco menos de dos años conseguí reunir la bonita suma de ochocientos maravedíes en esos días era mucho dinero, entonces un buen caballo no valía más de doscientos, una silla de montar veinticinco y cincuenta una buena espada, podía considerarme un hombre ya de

posibles y comenzaba a soñar con hacerme en un futuro con una pequeña hacienda que pudiera competir en terrenos con la de cualquier noble caballero.

Fue en aquellos días cuando le propusieron a Don Nuño un negocio de altura que podría hacerlo rico en poco tiempo, se trataba de escoltar a una delegación de notables comerciantes burgaleses que querían parlamentar con el rey moro de Valencia, lo hacían a expensas del rey de Castilla y Toledo Alfonso VIII, corría el mes de mayo de 1199 y las tierras de los moros presentaban desde hacia meses gran estabilidad, se decía sin embargo que se estaba preparando algo en ciernes desde las cortes cristianas, las verdades a veces suenan como grandes mentiras y los bulos eran corrientes en aquellos días, además la batalla de Alarcos, estaba todavía muy cercana y seria difícil que

los cristianos estuvieran curados de su derrota.

Los Almohades por su parte estaban desde hacía tiempo muy cercanos a la ciudad de Toledo y mantenían pactos estables de no agresión con el rey de León y con el de Navarra, así que haciendo caso omiso a las malas lenguas y aún a sabiendas de que los Almohades, tenían ya poco que ver con la mesura de los Almorávides, que habían llevado los asuntos de gobierno siempre con mayor prudencia, don Nuño se decidió a aceptar el encargo pues la comisión ofrecida por la realización de la encomienda superaba con mucho las expectativas más halagüeñas, se trataba del valor de un cinco por ciento de las mercaderías que consiguieran acordar importar y posteriormente vender con ayuda del rey moro de Valencia, siendo éstas principalmente, especias, aceite, sal,

tapices, piezas de tela y sedas de oriente, los números que me tocó realizar con diversas probabilidades del negocio le bastaron para abandonar las labores de vigilancia de las tierras hasta entonces encomendadas y ponerse a las ordenes de sus nuevos jefes y mejores socios, los mercaderes burgaleses.

Partimos un día de finales de mayo, recuerdo que ya lucía un día templado de sol franco, las espigas de los campos anunciaban una rica cosecha. Al atardecer penetramos en las moriscas tierras de Valencia sin ninguna oposición, los mercaderes se habían hecho en su poder con un salvoconducto obtenido por medios propios que no nos fueron revelados, eso nos daba confianza pero a medida que nos internábamos en el territorio observamos que éramos seguidos de lejos por patrullas moras que no nos molestaban, pero cuya actitud de

constante control conseguía poner a don Nuño más nervioso de lo que nunca lo había visto hasta entonces.

Al anochecer del cuarto día acampamos en los alrededores de una pequeña población, la cabalgada a pleno sol había sido agotadora y apenas montamos las tiendas me retiré a descansar, yo estaba relevado del servicio de vigilancia, así que cené algo frugal y me dejé llevar pronto por la somnolencia.

Me despertaron los gritos y el rumor de la lucha, me levanté de un salto del jergón y todavía aturdido empuñe mi espada y mi daga, conmigo salieron los tres hombres que compartían también acomodo en la tienda, estaba amaneciendo pero la polvareda que levantaban los contendientes en la pelea oscurecía los alrededores del campamento como si de noche se tratara, vi venir dos hombres armados

hacia mí, paré el golpe de cimitarra del primero y finté a mi derecha para evitar la cometida del segundo, el mercenario que salía de la tienda justo detrás de mí le clavó con saña su daga en el costado izquierdo, volví a la lucha con el primero pues lo tenia encima de nuevo, estuvimos cruzando golpes durante unos segundos, esquivé un fiero mandoble que iba a por mi cabeza dejándome caer al suelo sobre la rodilla izquierda mientras golpeaba por abajo su rodilla con mi espada desde esa posición el hombre cayó gritando me incorporé en un suspiro y hundí mi daga en su espalda, no tuve tiempo a recuperarla, aquello era una batalla en todo su apogeo debían de ser tres por cada uno de nosotros.

Un mercader cristiano corría y gritaba enseñando a todos el salvoconducto que debería darnos cuartel cuando un moro llegó a

caballo por detrás de él y le cortó la cabeza de un solo tajo, ésta calló de sus hombros rodando por el suelo mientras su cuerpo se mantuvo en pié algunos segundos más, otro hombre venia hacia mí también a caballo, me tiré al frente y a su derecha rodando por el suelo, evité así su furiosa acometida, me ponía ya en pié cuando sentí un fortísimo golpe en la cabeza, no llevaba mi yelmo, mis piernas me fallaron y me sumí en la más completa oscuridad.

CAPITULO II

Cuando desperté el sol estaba muy alto, tenía cadenas en manos y tobillos y estaba tumbado en un traqueteante carro tirado por bueyes, no veía por un ojo y me asusté al punto hasta que comprobé que era solo sangre reseca que había corrido fluida en su momento por mi rostro, a mi lado estaban otros siete hombre, todos cristianos y todos heridos de escasa consideración don Nuño era uno de ellos.

- Más te hubiera valido no despertar – me dijo mientras me miraba con aspecto cansino.
- ¿Dónde nos llevan, señor? – le pregunté alarmado,
- No sabría decirte, la comitiva no ha parado de avanzar desde ayer pero por lo poco que puedo

suponer creo que vamos en dirección a la costa.

- ¿Desde ayer? – le pregunté, esta vez incrédulo.
- Si, muchacho, perdiste el conocimiento en plena refriega, ese bonito golpe en tu cabeza tiene la culpa y por si no lo has adivinado ya, te informo de que acabas de despertar camino de la esclavitud.

Un jinete moro se acercó y golpeó los barrotes de madera con su lanza.

- Callaros perros, no quiero oíros hablar. – dijo con fiereza.

Don Nuño me miró y asintió con su mirada, entendí que la situación se había tornado desesperada, así que no volví a abrir la boca en todo el camino, aquella noche nos sacaron del carro y nos hicieron dormir a su lado tirados en el suelo, alguno de nosotros

se había hecho sus necesidades encima y el olor era nauseabundo los moros se reían y burlaban llamándonos “cerdos cristianos”, luego más tarde nos trajeron agua y pan que comimos con fruición, después y a pesar de las incomodidades nos fuimos quedando dormidos.

En la mañana, una comitiva se acercó a nosotros, los guardias nos hicieron levantarnos a palos, las piernas casi no nos respondían del cansancio acumulado. Por lo que pude entrever eran algunos comerciantes acompañados por un alto cargo militar, estuvieron departiendo largo rato con el jefe de la patrulla y después se acercaron a nosotros, uno de ellos protestó por el olor que desprendíamos lo que provocó una hilaridad general entre los moros,

después ordenó a los soldados que nos despojaran de la ropa que nos cubría, hecho eso nos examinaron a todos por igual; nos hicieron abrir la boca para calibrar las encías y los dientes, que empujaban con el dedo para comprobar que estaban firmes, nos hicieron doblar los codos para comprobar la dureza y el volumen de los músculos y ponernos en cuclillas para observar la flexibilidad de nuestras piernas.

Después se alejaron unos minutos siguieron hablando entre ellos hasta que se acercó de nuevo el mercader más viejo del grupo y preguntó si por ventura alguno sabía leer, algo pasó por mi mente, quería no abrir la boca, pero el instinto de supervivencia me decía que aquello podía mejorar mi suerte.

- Yo señor, se leer y contar – dije en voz alta – don Nuño me miró

> con reprobación al igual que los otros cristianos.

El hombre me miró de arriba abajo y se dirigió al jefe de la patrulla, por lo que yo pude observar le entregó por mí algo más de cincuenta maravedíes, ese era mi valor entonces, diez minutos más tarde y después de hacerle tirar por mi cuerpo dos barreños de agua fría me hizo poner una burda muda y así encadenado de manos y a lomos de un burro de su propiedad me alejé para siempre de la vida que hasta entonces había conocido.

Al anochecer llegamos a la costa, la figura del pueblo que tenía ante mí tenia forma de media luna, de uno de sus laterales surgía un pequeño puerto que estaba atestado de naves de pesca, las casas surgían de él y escalaban la colina y se empinaban unas sobre otras, de manera que las

de delante no quitaban la vista a las que se hallaban detrás, no era un pueblo grande pero parecía muy poblado.

Aquella noche la pasé cargado de cadenas y durmiendo en los establos, tengo que decir que fue la noche más triste de mi vida pues era fácil comprender lo difícil que se me hacia pensar en que en adelante debía considerarme un esclavo.

El hombre que me había comprado Al Yusuf era un rico mercader Alicantino, era hombre rechoncho, como sus dos hijos que mantenía al frente de su negocio y bien supe luego por qué había querido un esclavo que supiera leer y contar, pues sus hijos aunque inteligentes para los tratos comerciales no sabían leer ni escribir, así que después de haberme puesto a prueba los primeros días fingiendo por varias veces errores en las

cuentas (para comprobar tanto mis conocimientos como mi honradez), me confió el cuidado de las finanzas de su tienda.

Sus negocios eran de verdadera importancia, comerciaba con sedas de granada y con especies de oriente; pimienta, canela, clavo, jengibre y muchas otras, así que con todo di gracias al cielo a pesar de mis desgracias, pues había caído en buenas manos y comida no me faltaba, en particular la carne de cordero y el cuscús de pollo, con los meses conseguí entender bastante más de lo que ya sabía su lengua morisca y también muchas de sus costumbres.

A principios del cuarto mes, dejé de dormir en los establos y pasé a un cuarto de la casa, era la parte trasera de la tienda principal, allí tenía un camastro que me pareció entonces la

mejor de las camas, así estaba más cerca del negocio el cual tenia que barrer nada más amanecer y sobre el sexto mes se me permitió salir una tarde de cada quincena, para que pudiera conocer otros esclavos y poder gozar así con las cortesanas. Para ese menester me daba un dinero que yo suponía lo hacía de buena gana, era muy joven y estaba claro que debía desfogarme para tener la mente clara y poder centrarme mejor en mi trabajo, así todo me costó dejarme llevar, pero sabía que no era ningún pecado grave fornicar de aquella manera, pues es sabido que cuando se paga por estar con una mujer no cometes pecado mortal, diferente totalmente a sí estas con una mujer casada o religiosa, estar con putas era solo una pequeña diversión venial que antes o después podría confesar si algún día volvía a tierras cristianas, de todas maneras yo antes de esa época no había estado

con ninguna mujer y por eso me costó más al principio, pero después cada quince días estaba con cuatro mujeres, una tras otra, todas diferentes, una tenia unos pechos con pezones del tamaño de cerezas y un perfume que se te subía a la cabeza, otra era negra y tenía cuerpo de pantera y las otras dos se parecían bastante de piel blanca y delicada me gustaba compartirlas pues me parecía más excitante, al regresar al anochecer a casa del comerciante estaba tan cansado que me acostaba sin cenar y dormía de un tirón hasta el día siguiente y aún así el cansancio me duraba una o dos jornadas.

Pero aquello no iba a durar, a su esposa una vieja y presumida mujer que estaba entrada también en muchos kilos no le había gustado nunca mi presencia y ansiaba sorprenderme en algún robo del que pudiera acusarme. Yo estaba ojo

avizor, evitaba cualquier gesto que la pudiera ofender, pero todavía era demasiado joven como para entender también la complejidad y la maldad de algunas mujeres.

Ella al no poder sorprenderme con delito alguno simplemente se lo inventó, mis protestas de inocencia surtieron poco efecto y fui culpable a ojos de Al Yusuf. Había pasado en su casa casi once meses y había estado muy bien alimentado mi peso era mayor y mi apariencia era excelente, así que aprovechando que en aquellas fechas había un bajel de marroquíes en el puerto de la ciudad comandado por un notable de Fez, el caíd llamado Abu Hafs se puso en contacto con él y le convenció que yo sería un excelente elemento tanto para llevar las cuentas como para cargar con pesados fardos en su navío, así días más tarde abandoné las tierras valencianas para marchar a Marruecos.

Cuando llegué a Fez, quedé admirado de la ciudad, era hermosa, sus casas parecían cubrir las colinas y al crepúsculo se observaban florecer los colores de las mismas, ocres o blancas, adornadas de porcelanas azules, mientras los tejados de tejas barnizadas de las mezquitas resplandecían con una suave luz dorada.

Pero tampoco iba a ser ese mi destino, el caíd al finalizar la travesía me regaló a su hermana junto con otros presentes y su mansión podría haber sido un buen lugar para quedarse un tiempo pero el esposo de la misma estimó que ya tenía esclavos suficientes y confió entonces obtener algún beneficio adicional con mi venta, encargándole esta a un mercader de su confianza.

Fui ubicado entonces con un fuerte contingente de esclavos de otras nacionalidades, venecianos, portugueses, catalanes, calabreses, el destino de todos era ahora el gran mercado de esclavos de la ciudad de Argel.

Llegamos allí en una calurosa mañana y apenas a las dos horas ya estaba un pregonero alquilado por el mercader anunciando con voz potente que estábamos en venta. No pasó un día sin que nos visitaran otros mercaderes o particulares que tenían urgente necesidad de esclavos. El tercer día vino un hombre con turbante, a quién todos mostraban respeto, estaba acompañado de un esclavo joven y temeroso pero de mirada rápida, este enseguida me observó con una especie de compasión que yo no supe comprender. El hombre del turbante me miró de arriba abajo y después me

palpó los brazos, además apoyó las manos varias veces y con fuerza sobre mis muslos, mandó medir su diámetro y gritó algo al joven esclavo, se puso detrás de mí y examinó mi espalda, después se alejo unos pasos y se puso a discutir de precios con el mercader, el esclavo me dijo entonces muy rápido y entre dientes;

- Ese hombre es Saitán el contramaestre de Abu Rais. Tienes mala suerte por ser fuerte. Va a comprarte.

Pronto vi que tenía razón, aquella misma noche dormí en los calabozos de la casa de Saitán, en los altos de la ciudad de Argel. Allí había otros esclavos y supe por uno de ellos, un cautivo catalán, que Abu Rais era corsario, uno de los más importantes de la ciudad, poseía una galera de doce bancos para remeros cautivos, el trabajo más duro y cruel para

cualquier esclavo, el catalán me dio a entender que ese era mi destino y que ningún hombre duraba vivo en el más allá de un año, el miedo invadió mi alma y me puse a rezar en silencio acurrucado en mi camastro solo así conseguí quedarme dormido.

Abu Rais, al que fui conducido al día siguiente moraba en un palacio que me dejó mudo de asombro, vi en el grandes salas pavimentadas de mármol, fuentes de jaspe o de ónice y mullidas alfombras por todas las estancias.

Abu Rais era un hombre corpulento con una gran barba oscura y una mirada fiera en sus ojos negros, me examinó, intercambió unas palabras con Saitán y dirigiéndose a mí me dijo que me embarcaría en su galera en la próxima luna y que esperaba conseguir un gran botín de esclavos

cristianos gracias a sus remeros que eran todos también perros cristianos.

Durante las dos semanas siguientes me alojaron en su penal con unos cuarenta esclavos más, durante el día y para aprovechar nuestro tiempo acarreábamos barriles de agua potable para las mesas de Abu Rais o para sus mujeres, cortábamos leña para el horno de sus panaderías ó trabajábamos en las viñas de su propiedad y siempre y en todo momento llevando una pesada cadena de hierro alrededor de la cintura, cerrada con una llave y por la noche nos ataban una bola de hierro a un pie, ahora me estaba dando cuenta de lo que era ser esclavo de veras.

Capitulo III

Fue un viernes, día sagrado para los mahometanos, cuando nos embarcamos, pues esa es la costumbre que tienen ellos para que su dios les sea favorable, pero solo lo hicimos para ajustar las bancadas y

ejercitarnos con los remos, la operación tuvimos que repetirla de nuevo los dos días siguientes, pues no es nada fácil adaptarse a un ritmo de remada con otros hombres que como yo no estaban acostumbrados a ello, pudimos así conocer pronto el vergajo que es el látigo con que te azotan los moros si no aprendes a manejar rápido el remo.

Yo no conozco hombre que pueda merecer un castigo tan horrible como el de la vida de remero, al principio nuestra galera seguía su ruta sin perder de vista la costa a un ritmo que se podía soportar, yo estaba sentado a la derecha y así lo que tenia encadenado era el pie izquierdo, sujeto con una anilla de hierro. En esa posición había que sujetar el remo de pie por la manilla, echarse adelante hacia la popa doblando la pierna derecha y estirando la izquierda, apoyar la pierna derecha en la barra

de madera que queda delante con gran fuerza y volver a caer atrás hasta sentarse en el banco y volver a comenzar inmediatamente, ahora comprendía porque Saitán me había palpado detenidamente los muslos y las piernas, pues no son los brazos los que hacen el principal trabajo del remero, sino las piernas y es con ellas con las que hay que hacer el mayor esfuerzo, como quería por todos los medios sobrevivir como fuera, me esforcé en encontrar la postura que fuese menos dura y la carencia regular, pero todos teníamos que remar a un tiempo, éramos cuatro hombres en cada banco y aquello no era nada fácil pero había que conseguirlo.

Debía intentar evitar a todo costa el golpe del vergajo que magulla la carne y causa gran sufrimiento en el mar, pues para empeorarlo todo la sal se mete en las heridas. Nuestras

raciones de comida eran parecidas todos los días, galleta, arroz con pimienta, habas hervidas, higos secos y agua. Aquello quitaba el hambre pero teníamos que hacernos nuestras necesidades encima, mear y ensuciarnos de excrementos y soportar la pestilencia con el calor del día.

Era mucho peor que el peor de los penales, los mahometanos podían lavarse, nosotros estábamos condenados a la suciedad.

Fue a la semana cuando descubrí toda la desdicha del remero, el contramaestre había divisado una vela a lo lejos y al principio la seguimos sin forzar la marcha, al cabo de una hora Saitán ordenó acelerar, aquello fue un delirio de piernas y brazos de cuerpos que suben y bajan y de latigazos que caían sin cesar sobre los hombros desnudos acompañado de gritos y

blasfemias, parecía que voláramos sobre el agua, cuando llegamos a la altura de la otra embarcación apenas vi el combate, pues estaba agotado en mi banco como los demás con el corazón entre los dientes, aquella caza enloquecedora apenas había durado más de media hora pero había sido peor que remar todo el día a marcha ordinaria y esa fue mi vida durante casi año y medio.

Creí morir más de diez veces, pero ya no sentía ni dolor por los latigazos, nos azotaban cruelmente y vi morir a varios de mis compañeros sobre el propio banco, mi cuerpo había cambiado mucho, estaba duro como la madera y mi piel era muy oscura casi negra, cubierta de marcas y cicatrices mi pelo era largo casi rubio por el sol y tenía una poblada barba que me protegía la cara de la sal, parecía otro hombre y se diría que me habían caído de golpe diez años más.

Mi suerte cambió un día del mes de mayo del año de nuestro señor de 1202 con una nueva expedición de rapiña que nos había llevado hasta cerca de las costas de la isla de Sicilia. En otras dos ocasiones al surcar estas aguas la caza había dado como resultado un abultado botín en mercaderías y esclavos cristianos, pero aquel día las tornas iban a cambiar. En la lejanía divisaron una vela y la operación se repitió como siempre, seguimiento, espera y ataque, desde mi posición observé de reojo el navío mientras nos acercábamos a gran velocidad, me pareció más grande que otros pero no diferente a cualquier mercante, apenas llegamos a su altura pude ver algunos hombres en su proa y aquello por primera vez hizo que mi corazón saltara con un pinchazo de esperanza, eran templarios:

Saitán se había equivocado de presa, se había dejado llevar por su orgullo y no había tenido en cuenta todas las posibilidades, aquel no era un navío de guerra pero lo que trasportaba eran soldados, más que eso eran templarios, se dio cuenta demasiado tarde del error e intentó virar pero ya no era posible, los cristianos se habían ocultado hasta su llegada y ahora estaban ya casi nave contra nave, nosotros remamos con más intensidad a pesar de los azotes que nos inflingían en esos últimos metros para que esto no fuera así y por una vez lo hicimos hasta la extenuación por propia voluntad.

Esta vez el abordaje era de igual a igual, desde las bancadas observábamos parte del abordaje y en apenas diez minutos los templarios luchaban ya como leones en la misma cubierta de nuestra nave, nosotros aullábamos como lobos, uno, dos

moros cayeron por efecto de la lucha entre nuestras piernas y allí mismo los machacamos como melocotones maduros veinte minutos más tarde todo había terminado yo lloraba de rabia, de furia contenida y al mismo tiempo de júbilo, estaba borracho de felicidad no recuerdo como fueron aquellas horas posteriores, pero fueron sin duda las más alegres de mi vida.

Aquellos caballeros eran descendientes de otros que amados de Dios y ordenados para su servicio renunciaron al mundo cien años atrás y se consagraron a Cristo. Después mediante votos solemnes se comprometieron a defender a los peregrinos de tierra santa contra bandidos y ladrones y a proteger sus caminos. Serian así la caballería del rey cristiano de Jerusalén. Observaban la pobreza, la castidad y la obediencia. Al principio no fueron

más que nueve hombres los que tomaron esa decisión tan santa y durante nueve años no hubo más, en ese tiempo se vistieron con ropas seculares, que los fieles les daban como limosna. El rey entonces se mostró compasivo con estos hombres que lo habían abandonado todo por cristo y les concedió algunas propiedades y beneficios para poder pagar sus necesidades. También llegó entonces su uniforme para distinguirlos de los demás caballeros; la capa blanca, símbolo de la castidad por su blancura, de paño crudo sin tinte y sin aprestos con una cruz roja colocada sobre el hombro izquierdo, por encima del corazón, sencilla, roja por la sangre vertida por cristo y símbolo de la vida eterna, tenían además otro símbolo distintivo el pelo corto, casi rasurado y barba larga pero cuidada por igual.

Así eran nuestros salvadores, hombres de Cristo, nada más tocar tierra pudimos celebrar la santa misa, lloré emocionado hacía mucho tiempo que no había escuchado la palabra de Dios y fue allí donde oí el sermón que cambió mi vida, entraba por mis oídos y se fijó para siempre en mi alma, todavía lo recuerdo vivamente:

“Como cristianos debemos querer la paz y no hacer la guerra salvo por necesidad de la supervivencia de nuestra fe, ya que no se busca la paz para hacer la guerra, sino que se hace la guerra para obtener la paz. Sed, pues, pacíficos, incluso en el combate, a fin de que, gracias a la victoria sobre todos los paganos, llegue la dicha de la paz.”

Aquella noche dormí mejor que nunca.

Capitulo IV

Las semanas que siguieron a ese día nos sirvieron para conocer mejor el modo de vida de los monjes soldado en aquellas lejanas tierras y esta me gustó al punto, pronto les ofrecí mis servicios como caballero seglar, pero eran reticentes yo era un esclavo cristiano recién liberado y no tenía armas ni caballo y además dudaban de mi posible hidalguía no obstante y dada mi fuerte envergadura se ofrecieron a darme labores de soldado, yo quería seguir con ellos así que me resigne a esa condición y comencé de esa manera a integrarme en la orden.

Se me iba a poner a prueba, se me iba a valorar con objetividad, verían mis capacidades como soldado pero también como hombre tal y como me había explicado nuestro capitán y maestre de la orden el caballero templario Roberto de Valois,

- Si quieres en verdad entrar y unirte a nosotros debes saber que después del prudencial tiempo de prueba, y siempre que los hermanos vean en ti un hombre digno se te permitirá acudir ante el obispo de la provincia y si este lo consiente y te absuelve de tus anteriores pecados, el mismo pedirá al resto de los caballeros que seas integrado en la orden una vez realizada la ceremonia de iniciación, te deseo suerte Martín.

La oportunidad llegó para mi unos meses más tarde, concretamente en febrero de 1203

En esos días Asad-el-Din, un caid con fama de valiente y temerario se había propuesto tomar a sangre y fuego las fortalezas cristianas más adelantadas

de las tierras de Siria, en pocas semanas había logrado reunir un poderoso ejército que pretendía lanzar al ataque de inmediato.

El rey de Jerusalén ordenó entonces adelantarse a ese ataque y no esperar el asedio en las fortalezas, sino acudir a campo abierto y presentar allí la batalla, su ejército estaría al mando del maestre Roberto de Valois y sus caballeros templarios serian el apoyo militar preciso con que contarían los hombres de la frontera.

Partimos el doce de febrero y en tres días alcanzamos las estribaciones de las fortalezas eran dos pequeños castillos bien posicionados en lo alto de unas elevaciones del terreno y separados entre si unas veinte leguas, enfrente a poco más de quinientos metros de donde se encontraba el grueso de las fuerzas cristianas se alzaba el campamento de los árabes.

Enterado Asad-el-Din de nuestra llegada le hizo saber a Roberto de Valois por medio de un mensajero que quería conversar con él, el caballero no tenía mayores deseos, pero pensando que quizás podría negociarse algún principio de acuerdo accedió a ello.

La reunión se celebró en tierra de nadie en medio de ambos campamentos acompañados ambos líderes solo por dos de sus caballeros, pero como era de suponer las propuestas de Asad-el-Din eran solo de rendición o muerte así que no hubo acuerdo y en pocos minutos ambos estaban de regreso al frente de sus respectivos ejércitos.

El campo de batalla era una llanura que se iba estrechando hacia el fondo, situado entre una serie de pequeñas colinas. Se combatiría en el extremo más estrecho de la llanura, con un

pequeño riachuelo que estaba ubicado a nuestra derecha y las fortalezas a la espalda. El orden de combate de Asad-el-Din, era el siguiente: primero la infantería mal armada pero muy abundante en hombres, después los arqueros de a pie, después su caballería ligera y acompañado a esta los terribles, por certeros, arqueros montados.

El orden de Roberto de Valois era: primero los arqueros de a pie, después los caballeros más de cuatrocientos de la orden del temple cubiertos de pies a cabeza con la armadura y la toga blanca reglamentaria (a pesar del fuerte calor de esa tierra), después los sargentos y los caballeros seglares quizás tantos o más que los templarios y finalmente la infantería que en esta ocasión no sería la inicial fuerza de choque.

La batalla comenzó con el ataque incontrolado de la infantería vociferante de Asad-el-Din, que fue recibida con una lluvia incesante de flechas lo que cortó en seco su fugaz y loca carrera, inmediatamente por los flancos cargaron los caballeros seglares que cercenaron en diez minutos tantos brazos y cabezas que parecía imposible que alguno pudiera quedar en pie, entonces comenzaron a lanzar flechas sobre todo el campo de batalla por parte de los infieles y cayeron docenas de nuestros caballeros pero también seguían cayendo los hombres de su propia infantería, entonces surgió un mar de hombres a caballo era su caballería ligera y sus arqueros montados que arrasaron a nuestros caballeros haciéndoles huir hacia nuestras posiciones, solo entonces sonó el atronador galope de los templarios a la carga estos fueron como un cuchillo hundiéndose en la mantequilla los

caballeros árabes no eran rival para esa furia de acero sabiamente controlada y entonces y solo entonces recibimos la orden de avanzar.

Corríamos hacia la batalla con la sensación de ir hacia la gloria, golpeábamos a muerte a sus escasos efectivos de infantería y lanceábamos desde el suelo a los caballeros más desarbolados que iban quedando del enfrentamiento directo con nuestros cruzados, muchos a mi alrededor caían pero se apreciaba que la batalla se decantaba de nuestro lado, en un momento determinado que no puedo precisar aquello se transformó no en una lucha sino en una matanza que duró hasta las siete de la noche cuando comenzó a oscurecer.

Los árabes que quedaban con vida habían retrocedido mientras tanto hacia el riachuelo donde más de un centenar fueron cogidos prisioneros, Asad-el-Din que había sido herido por una flecha en el hombro en el transcurso de la batalla se encontró descabalgado de su montura y corriendo protegido con los suyos hacia el riachuelo pero la casualidad de la batalla tuvo el beneplácito de darme el honor de que el transcurso de dicha carrera fuese a llevarlo justo frente a mí, él decidió valientemente no rendirse y a pesar de su heroica resistencia acabó ensartado en el vientre por mi espada. Entre los caballeros cristianos se corrió entonces la noticia de su muerte a manos de un infante y cuando mi nombre llegó a los oídos del maestre, tuve el honor de ser alabado por el caballero Roberto de Valois.

Capitulo V

Fue el mismo maestre Roberto de Valois el que intercedió por mí unos días más tarde ante el resto de sus

hermanos para que pudiera acudir al obispo y solicitar el perdón de los pecados de mi vida pasada, para que si este me era concedido pudiera realizar la ceremonia de iniciación y la entrada oficial en la orden del temple.

Fue todo muy rápido, en mayo obtuve el perdón del obispo y ante su presencia se me armó caballero, cinco días después de ese gran momento de mi vida llegó otro más sublime si cabe todavía, fue una mañana al finalizar la santa misa en la casa del temple entonces el maestre subió al púlpito y desde allí me presentó oficialmente ante el resto de los hermanos.

Al terminar mi presentación miró al grupo más cercano y pronunció dos

nombres solemnemente, dos hermanos ya mayores se separaron del grupo y se dirigieron hacia mí:

- ¿Buscáis la compañía de la orden del temple y queréis participar en sus obras espirituales y temporales? – me preguntaron al unísono
- Es lo que deseo – contesté
- Buscáis lo que es grande y no conocéis los duros preceptos que se observan en la orden. – dijo dirigiéndose a mí el más viejo de los dos hermanos - Nos veis con hermosos hábitos, con hermosas monturas, pero no podéis conocer la vida austera de la orden, si queréis estar acostado, tendréis que levantaros y si queréis comer quizás pasar hambre. ¿Soportaréis todo esto por el honor de Dios y la salvación de vuestra alma? – volvieron a preguntar al unísono

- Si , lo soportaré – respondí con rotundidad.

- Deseamos también saber si creéis en la fe católica, si estáis de acuerdo con la Iglesia de Roma, si por casualidad estáis atado por lazos de matrimonio en otras tierras, si declaráis que sois hidalgo de nacimiento y si no tenéis dolencia oculta que haga imposible el servicio a nuestra causa. – me preguntó el más joven de los hermanos.
- Creo en la fe católica y en la Iglesia de Roma, soy libre, soy hidalgo de nacimiento y no poseo ninguna dolencia física que me impida mi entrega total a esta orden sagrada – contesté al punto.

Los dos hermanos se retiraron entonces dándome el aviso de que

podía ya dirigirme al maestre, me puse ante él de rodillas y con la cabeza descubierta expuse mi petición:

- Señor, he venido ante vos, y ante los hermanos que están con vos, para pedir la compañía de la orden.
- Debes jurar y prometer a Dios y a la Virgen que obedecerás siempre al maestre del temple, -comenzó a decir Roberto de Valois – debes jurar también que observaras la castidad, los buenos usos y las buenas costumbres de la orden, que vivirás sin propiedades que solo conservarás lo que os sea dado por vuestro superior y que haréis todo cuanto sea posible por conservar lo adquirido en estas tierras. Y si os confiamos bienes del temple debeis jurar guardarlos con vuestra vida. Y no

abandonaréis la orden, ni en la felicidad ni en la desgracia, sin el consentimiento de vuestro superior. ¿Juráis y prometéis?

- Juro y prometo – contesté entonces solemnemente.
- Como maestre de la orden del temple, yo Roberto de Valois declaro recibirte con los brazos abiertos. – dijo finalmente.

En ese momento, los dos hermanos que habían tomado mi primer juramento, me pusieron la capa y al mismo tiempo era bendecido por el hermano capellán, después rezamos todos juntos la oración del Espíritu Santo y más tarde, una vez sentados, me describieron las reglas de la vida cotidiana, las obligaciones religiosas, la conducta en la mesa, el cuidado de los caballos el de las armas y todo aquello que iba a ser necesario para mi nueva forma de vida, después

todos brindaron con unas austeras copas de vino.

Capitulo VI

La historia de los años siguientes fue una sucesión de enfrentamientos continuos rotos por pequeños periodos de paz, unos y otros intentábamos conseguir ampliar nuestros respectivos dominios dentro de estos territorios.

El rey de Jerusalén por su parte nos asignaba siempre un porcentaje de las tierras que eran conquistadas para su reino, estas pasaban así a ser gestionadas por la orden a su libre albedrío para el comercio y también para su libre demarcación. Poco a poco a pesar de no ser esa su intención la orden se transformaba en una gran empresa de hombres y haciendas y sin pretenderlo comenzamos a ser incómodos para algunos nobles de la corte que intentaban ponernos en compromisos

por la simple envidia de nuestras prerrogativas económicas ante el propio rey.

En el año de 1207 se produjo un pequeño incidente con la secta de los asesinos. La secta chiita de los ismailitas se dividía en una rama persa, con base en Al-Alamunt, al sur del mar Caspio y una rama Siria, instalada en una montaña denominada por el pueblo de los asesinos.

Su jefe que gozaba de gran autoridad era apodado “Viejo de la Montaña” y dirigía la secta mística con mano de hierro. Sus miembros más puros y leales se denominaban asesinos sin entrañas porque se drogaban con una hierba denominada “hachis” para

darse más valor para llevar a cabo ciertas operaciones sangrientas.

Los asesinos combatían sobre todo a los sunnitas de Siria y de Persia que eran una facción más importante de la religión islámica y por ese motivo parecían más proclives a ser aliados del rey de Jerusalén, así que intentaron a través de un emisario pactar una tregua con él y convertirse en sus aliados, algo que los nobles que actuaban de consejeros en el reino veían con buenos ojos y algo que repugnaba totalmente a nuestro maestre y a todos nosotros como caballeros de la orden del temple en general. Eso era del conocimiento del “viejo de la montaña” así que ideó deshacerse de nuestros principales mandos y descabezar a la orden. Pero esas oscuras intenciones también eran conocidas a su vez por nuestro maestre…….

El capitán de los arqueros del “viejo de montaña”, grande como un armario, entró en sus aposentos con un fragor de cuero y acero.

- Señor -dijo- las puertas del barrio del temple ya están vigiladas, pero el barrio es completamente suyo y disponen de pasadizos subterráneos. De este modo evitan que se localicen las múltiples salidas que posee, pueden hacerlo a su antojo. Si sospechan que los vigilamos podrán salir sin ser vistos.
- No importa – dijo - tengo intención de dar el golpe de gracia sin demora, mañana será el día – terminó diciendo con voz casi gutural el cabecilla.

Aquella noche, como esperábamos un ataque inminente, no pude conciliar el sueño y permanecí largas horas escuchando, los movimientos también

inquietos de mis compañeros, aguzando el oído para escuchar algo y oyendo ¿sería en sueños o despierto? Ruido como de pasos. Cuando por fin me levanté me hallaba aún fatigado, pero firmemente en guardia y entonces sucedió.

Por uno de los corredores acudían hombres fuertemente armados, intentando ser silenciosos, desenvainé mi espada y la blandí con ambas manos, pero no tuve necesidad de usarla una lluvia de flechas de ballesta les sorprendió por su retaguardia, en menos de un minuto veinte o más se habían desplomado gimiendo sobre el suelo del corredor, el resto fue una matanza, quizás necesaria pero nada reconfortante.

Después de aquello el "viejo de la montaña" se ganó mejor su apodo pues durante meses no se atrevió a moverse de las mismas, mi vida

continuó con idéntica entrega a la orden y entonces en esos días llegó a nuestros oídos la petición Papal .... y mi vida adquirió su sentido definitivo, Debía volver a Castilla, eso y la lucha contra el infiel serían para mí la máxima a seguir del resto de mi vida.

Capitulo VII

En la primavera de 1211, el califa almohade Muhammad An-Nasir, desembarcó en Tarifa, y pasó por Sevilla y Córdoba (a mediados de mayo de 1211), con un ejército formado por almohades, tribus almorávides, arqueros turcos, tropas hispano-musulmanas y algunos cristianos mercenarios, y marchó a la frontera de Toledo sitiando, el castillo de Salvatierra, fortaleza de la Orden de Calatrava, arrebatándola los almohades. Por entonces estaba el rey Alfonso VIII en Cuenca, acompañado por el arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada.

Alfonso VIII, solicitó el auxilio de los reyes de Aragón, León, y Navarra; pero Alfonso IX de León, que estaba en guerra con Portugal, respondió que sólo participaría en aquella si el rey de Castilla le devolvía algunos castillos que le había quitado y aún le quedaban pendientes de devolver.

Pedro II de Aragón, en cambio, recorría por entonces Francia reclutando cruzados y se disponía a acudir a Toledo para tomar parte en la campaña proyectada; y Sancho VII de Navarra, que en un principio parecía poco dispuesto a ayudar a Alfonso VIII, decidió también incorporarse a los cruzados, convencido por Jiménez de Rada. Aunque ni Alfonso IX de León ni Alfonso II de Portugal acudieron personalmente con sus huestes reales, muchos caballeros portugueses,

leoneses y gallegos se dirigieron también a Toledo, con el total consentimiento regio, mientras ya habían empezado a llegar los cruzados ultrapirenaicos al mando del arzobispo Guillermo de Burdeos, del obispo de Nantes y del arzobispo de Narbona. Se reunieron en Toledo caballeros y peones franceses, provenzales italianos y de otros países en número que se aproximó a los setenta mil ultramontanos, destacando de entre ellos, el conde Centulo de Astarac y el vizconde Ramón de Turena, encargado del abastecimiento de los cruzados, y de proveerles de armamento y caballos, ya que muchos venían sin ellos; y cuando ya había en la ciudad muy numerosos cruzados extranjeros, llego a Toledo el rey Pedro II de Aragón, con excelente ejército de aragoneses y catalanes dispuestos a dar la batalla con el rey castellano, plantando sus tiendas en la vega toledana; venían

con el monarca aragonés el obispo electo de Barcelona, Berenguer de Palou, y el arzobispo tarraconense, Ramón de Rocabertí. Por estar organizando su ejército, el rey Alfonso VIII de Castilla sólo pudo juntarse a los demás cruzados días más tarde. El rey Sancho VII de Navarra se unió posteriormente a los demás, siendo el último en juntarse.

La hueste castellana de Alfonso VIII era de más de sesenta mil hombres, añadiéndose a ellos los de las tropas aragonesas y catalanas de Pedro II y los hombres ultramontanos. Además hubieron de contarse los muy numerosos caballeros de las órdenes militares: de Calatrava, Santiago, del Hospital y del Temple, entre los que tuve la fortuna de encontrarme.

El Papa Inocencio III dispuso en Roma un ayuno de tres días y organizó una procesión de hombres y mujeres que recorrió la ciudad rezando por la victoria cruzada en España.

Entretanto, Muhammad an-Nasir, el califa almohade, también se había preparado para enfrentarse a los cruzados, reuniendo a su ejército que se concentró sobre todo en Sevilla. Era un ejército enorme, de más de doscientos cincuenta mil hombres. El día veinte de junio de 1212 estaba ya en marcha el ejército almohade por Sierra Morena acercándose a Jaén. Y por su parte se encaminaron también desde Toledo los cruzados a enfrentarse contra ellos dirigiéndose a las fronteras de Al-Ándalus.

Las huestes cristianas iban divididas en tres grupos:

1) El de los cruzados allende los Pirineos, mandados por el señor de Vizcaya, don Diego López de Haro.
2) El de los aragoneses y catalanes del rey Pedro II, figurando con él, entre otros señores o magnates: Hugo de Ampurias, Guillermo de Cardona, Guillermo de Cervera, García Romero, Jimeno Cornel y los anteriormente mencionados prelados (obispo y arzobispo) de Barcelona y Tarragona.
3) Y el de las huestes de Alfonso VIII de Castilla, que marchaba a retaguardia, acompañando al monarca el arzobispo de Toledo don Rodrigo Jiménez de Rada con los obispos de Palencia (Tello Téllez de Meneses), de Sigüenza (Rodrigo), de Osma (Melendo), de Ávila (Pedro Instancio) y de Plasencia (Bricio). También iban con el rey muchos magnates castellanos, como los maestres

> de Calatrava y Santiago, así como los priores hospitalarios y templarios entre los que me encontraba para mi gran satisfacción.

Unos días antes de la gran batalla, los ejércitos cristianos, reunidos ante la ciudad de Calatrava, asediaron la plaza que pronto tuvo que capitular y Alfonso VIII, el día uno de julio, permitió a sus defensores que salieran de la misma con la garantía de que sus vidas serían respetadas, con lo que no hacía otra cosa que proseguir la costumbre de no molestar a los moros que se rendían, costumbre iniciada por el Cid e imitada luego por Alfonso I el Batallador y por Ramón Berenguer IV. Esta capitulación de Calatrava parece que disgustó a los ultramontanos que venían acostumbrados al saqueo y al exterminio de las ciudades albigenses; y fuese por ello, o por la falta de

víveres, o por la mucho calor y molestias, lo cierto es que desertaron de la campaña, abandonaron la cruzada y emprendieron el camino de regreso a sus lugares de procedencias, durante el cual no dejaron de cometer en Castilla algunas tropelías; incluso intentaron sin éxito adueñarse de Toledo. Con las huestes de la españolas sólo quedaron el arzobispo de Narbona, sus gentes y el caballero Teobaldo de Blazón. El choque decisivo con los almohades y el formidable ejército del Miramamolín, Príncipe de los Creyentes, Abu Abd Allah Muhammad An-Nasir estaba cercano.

Al-Nasir, el califa almohade, dirigiendo personalmente su ejército, esperaba a las tropas cristianas tranquila y confiadamente en las estribaciones de Sierra Morena, disponiendo de muchas fuerzas

preparadas para la emboscada en los peligrosos pasos de Despeñaperros. Sierra Morena era un difícil obstáculo para los cruzados. El ejército musulmán era demasiado numeroso y atravesar por allí no iba a resultar sencillo. Además, en los únicos pasos disponibles estaban apostados y emboscados los almohades. Los exploradores de los cristianos trataban de encontrar pasos francos que permitiera el movimiento de tropas sin riesgos. Fue muy importante la ayuda de un pastor llamado Martín Alhaja, un mozárabe de Sierra Morena que facilitó el camino certero para eludir las emboscadas almohades.

Deseo que se sepa, Martín Alhaja fue un personaje que tuvo para todos nosotros una intervención decisiva en aquellas vísperas de la batalla. Él nos guió por camino seguro hasta llegar al

campamento almohade de Al-Nasir, Miramamolín.

El ejército musulmán estaba organizado para la batalla de la siguiente forma: en primera línea se situaba la infantería ligera africana reclutada en el Alto Atlas. En la segunda línea se disponían la infantería pesada de Al-Ándalus. El ejército almohade se encontraba detrás de los andalusíes, con la caballería cubriendo los flancos. Luego estaban los guerreros de la yihad de otros territorios del Islam llamados a la guerra santa. Tras la caballería almohade, que combatía con lanza y espada, se encontraban contingentes de élite de arqueros a caballo turcos. Al final, formando una línea en torno a la tienda del sultán,

se encontraba la llamada Guardia Negra (también denominados desposados), integrada por soldados fanáticos procedentes del Senegal. Grandes cadenas los mantenían atados para no poder huir y luchar hasta la muerte.

El ejército almohade, se instaló en el Cerro de los Olivares desplegándose con la infantería al frente y la caballería ligera en los flancos. En primera fila, el cuerpo debía recibir el choque frontal de la caballería cristiana, los que estaban allí eran las tropas más fanatizadas con el deseo de alcanzar el Paraíso, convencidos de estar en una yihad o guerra santa contra los infieles cristianos. En segunda línea se hallaba el gran cuerpo de fuerzas almohades, aquí en esta segunda línea estaban los voluntarios. En tercera línea estaba lo mejor del ejército almohade, las mejores tropas, el cuerpo de élite y,

en la retaguardia de esta tercera línea estaba la caballería pesada guardando la inmensa tienda de campaña del califa Al-Nasir.

Era una tienda roja, vistosa, no oculta a nadie. Estaba rodeada de fortificaciones protectoras y por la terrible y temible Guardia Negra del Califa. Eran hombres absolutamente fanáticos y radicales, yihadistas a ultranza, absolutamente dispuestos y entrenados para morir por el Islam, personificado según ellos en el califa Al-Nasir, al que tenían que proteger y defender.

Eran los imesebelen (desposados) constituyendo una tropa selecta y sobre todo por su fortaleza física. Además demostraban su valor enterrándose en el suelo o anclándose en cadenas su armamento defensivo se limitaba a un escudo.

Durante los dos días anteriores al gran combate el grueso del enorme ejército musulmán se dispuso en orden de combate, esto supuso un gran desgaste físico por las muchas horas que pasaron inmóviles bajo un sol abrasador. Los hombres gritaban cada cierto tiempo plegarias entre las que se distinguía

- No hay dios, sino Allah.

Amaneció por fin el día dieciséis de julio de 1212. Recé antes de montar en mi caballo y pensé “hoy nos cubriremos de gloria por cristo o habremos muerto todos” después grité como todos:

- ¡ Jesucristo ¡ ¡ Castilla ¡

Apenas se inició el ataque cristiano, los caballeros fuertemente protegidos por sus cascos, escudos y cotas de

malla vestidas sobre prendas acolchadas apenas fueron afectados por las flechas enemigas y las vanguardias musulmanas tuvieron que retroceder; pero al entrar en batalla el grueso del ejército del Miramamolín hubo un momento de confusión y retroceso de los cristianos, fallecieron entonces en pocos minutos cientos de caballeros, hasta tanto que pareciera que perderían el combate. Alfonso VIII se adelantó entonces y los reyes de Aragón y de Navarra hicieron un movimiento convergente. En el empuje, que fue feroz y violentísimo, los cristianos llegaron hasta el cerco de cadenas que, sostenidas por los esclavos negros, guardaban el acceso a la tienda del califa almohade.

Yo me encontraba apoyando las tropas de Sancho VII de Navarra que fue el primero en romper el cerco de los almohades. Los caballeros

navarros, junto con parte de su flanco, atravesaron esa defensa, la de los imesebelen, que sucumbieron no sin antes provocar una gran matanza entre los cristianos, yo resulté herido en un costado. de modo que los musulmanes empezaron entonces a retroceder desordenada y estrepitosamente, convertida la retirada en verdaderamente llamativa.

El mismo califa Muhammad se vio obligado a huir, sorprendiendo con ello a los almohades: habían perdido del todo la batalla. El califa se fue corriendo todo cuanto podía en dirección a Baeza y Jaén, refugiándose allí con mucha pesadumbre durante la noche.

La victoria cristiana en la batalla de Las Navas de Tolosa pasará

ciertamente a la historia como decisiva. Los muertos musulmanes fueron innumerables. El botín que se les hizo fue inmenso, incluido el pendón o bandera que les fue arrebatada.

Concluida la lucha, el arzobispo de Toledo, don Rodrigo Jiménez de Rada, realizó una homilía sobre el mismo campo de batalla, en presencia del ejército castellano, mientras navarros, aragoneses y catalanes perseguían aún en su huida a los almohades que los reyes cristianos al frente de sus caballeros e infantes inician una última carga con el resto de fuerzas cristianas.

Después vino el desastre: el ejército almohade se hundió, e inicio una retirada a la desesperada con su califa a la cabeza. Vencieron los cristianos.

Al-Nasir nunca se repuso del desastre de las Navas. Abdicó en su hijo, se encerró en su palacio de Marrakech y se entregó a los placeres y al vino. Murió, quizá envenenado, a poco de su derrota. Alfonso VIII sólo lo sobrevivió unos meses. Pedro II de Aragón, el rey caballero, pereció al año siguiente en la batalla de Muret, combatiendo a los cruzados que Inocencio III había convocado contra los herejes albigenses (a Pedro II le vemos auxiliando a su cuñado RamónVI de Toulouse). Sancho VII el Fuerte de Navarra fue quien más sobrevivió a la batalla.

Yo sobrevi a todos ellos. Se me encargó la custodia y el posterior transporte de los tramos de las cadenas que el rey Sancho VII el Fuerte se llevó a Navarra como trofeo de la batalla y que posteriormente pasaron a formar el escudo de Navarra. De allí volví a Palencia y

pasé mis últimos años recluido en un pequeño monasterio, hoy finalizo mis memorias que entregaré al padre prior.

Es mi deseo que los siglos posteriores recuerden quién fui y a que dediqué mi vida. Quizás eso sirva para animar a otros a consagrar su alma a cristo y allanar con su entrega el triunfo final sobre el Islam.

Martín López de Arriaga.

EPÍLOGO

Dos de los fragmentos de las cadenas están en la Real Colegiata de Roncesvalles, en su Sala Capitular, hoy panteón del rey Sancho VII el Fuerte. Los dos tramos están juntos en una pequeña capilla a los pies de la tumba del monarca. Se han dispuesto adoptando la forma del escudo de Navarra, sobre un cojín rojo. Roncesvalles es el lugar que más eslabones de la cadena conserva

Otro tramo de las cadenas se encuentra en Tudela, al lado de la catedral de esta capital de la comarca navarra de la Ribera. Están

acompañadas de un cartel donde se explica que este tramo de cadenas son un regalo que el rey Sancho hizo a la catedral.

El cuarto tramo está en el Palacio de Navarra, en el Salón del Trono, en el dosel que se encuentra sobre los sillones reales y junto a una reproducción del pendón de Las Navas de Tolosa. Trofeo adquirido por Alfonso VIII de Castilla en aquella batalla y cuyo original está en el monasterio burgalés de las Huelgas. Las cadenas del Palacio de Navarra no estaban originariamente aquí. Se trajeron desde el monasterio navarro, benedictino, de Santa María la Real de Irache, donde se puede ver actualmente una reproducción en el presbiterio de la iglesia. Las cadenas se trasladaron tras la desamortización del monasterio en el siglo XIX (el monasterio es actualmente Parador Nacional de Turismo). El rey Sancho

VII de Navarra se llevó todas las cadenas que rodeaban la tienda o jaima de Al-Nasir. Parece ser que en el claustro de la catedral de Pamplona, rodeando una capilla, conocida como la de Las Navas, hay también unas cadenas que pudieron resultar de la fundición de otros tramos de la batalla de Las Navas de Tolosa.

1212

Gijón, Septiembre, 2019